

este fantástico edificio de los temores del vulgo, que la llegada del Destripador inglés á Madrid no pasa de ser un *mito*, como se decía antes, ó un *símbolo*, como se dice ahora.

Ello es sangriento y horrible, pero exacto.

La carne por los suelos no se ve más que cuando manda Cánovas.

¿Es que se acerca su dominación?

Noviembre de 1889.



TRIBU CON PRETENSIONES



¡Qué país! decían varios ateneístas una noche en la vieja mansión de la calle de la Montera.

Y Manuel, ó don Manuel de la Revilla (como ustedes gustan), que estaba entre los del corro, se apresuró á decir:

—Distingamos. Esto no es país... Es

una tribu con pretensiones.

Revilla se murió, y el país sigue viviendo, aunque con vilipendio, como el célebre fosforero de la Puerta del Sol.

Con vilipendio y sin enmienda.

Continúa siendo la referida tribu con las susodichas pretensiones.

Es decir, con las susodichas, no. Con muchas menos. Porque es el *negro daño*—como decía Aparisi y Guijarro—que hasta sin pretensiones nos vamos quedando en España, y no tardaremos mucho en quedar reducidos á la categoría de “tribu,” lisa y llana, monda y lironda, ya que no *casta e pura*.

No faltará entre ustedes quien suponga que todo eso viene aquí á propósito del “lamentable espectáculo, que tan poco habla en favor de la cultura de la capital de la nación,” etc., etc. (*cliché* núm. 750), ocurrido anteayer en la plaza de la Cebada y en Puerta de Moros (*).

¡Quiá!

No se trata del espectáculo que se dió anteayer, sino del espectáculo que deja de darse hoy.

El primero viene á confirmar, por la millonésima vez, nuestra condición de tribu.

El segundo confirmaría nuestras pretensiones, si tuviéramos aquí un Barnum capaz de ponerse á la altura de las circunstancias.

(*) La muchedumbre (por si el lector lo ha olvidado) acosó y maltrató á un infeliz, tomándolo por el *Destripador* de Londres.

¿Quién me negará que en el mundo moderno los encargados de señalar el grado de civilización que alcanza cada pueblo son los Barnum?

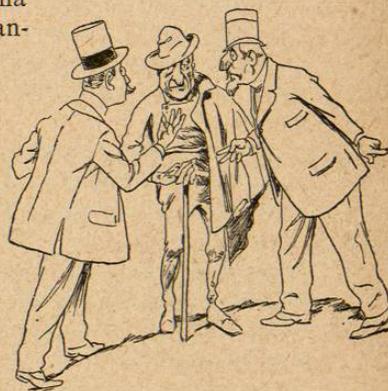
Figúrese el lector lo que habría ocurrido en Nueva York, Filadelfia ó Chicago, inmediatamente después de una escena análoga á la que anteayer tuvo en Madrid por protagonista al supuesto *Destripador* del barrio de las Injurias.

¡Dichoso Carmelo Rodríguez! Allí sería el hombre del día, el héroe de la temporada, y hasta el amo de la situación.

¿Habrá aquí alguien que se acuerde de él dentro de veinticuatro horas?

Como no se acuerde Sagasta—que tiene algo de Barnum—para encargarle de una cartera en el nuevo ministerio que dicen que se va á formar...

Un hombre que imita con tanta habilidad el chillido de la rata, sería el más á propó-



sito para imponerse á una mayoría asustadiza, dinástica y medrosa.

¡Y no digo nada si el "imponente," consejero responsable pasaba desde las regiones parlamentarias á otras regiones excel-sas, en las cuales tambien imperan las criaturas!

Pero sin necesidad de aprovechar en tan elevado puesto las facultades del asendereado Carmelo Rodríguez, ¿cómo no hay por ahí quien las utilice en más modesta esfera?

¿En qué están pensando los empresarios de teatros por horas?

¿A qué aguardan los autores de piezas y revistas?

La exhibición del falso *Destripador* en una de esas obras que ahora privan (de sentido, sobre todo) sería un atractivo capaz por sí solo de llenar durante cien noches consecutivas un teatro.

De fijo que en Nueva York, y probablemente en Londres, y quizás en París, y acaso acaso en Reus, estaría ya contratado el buen Carmelo, siendo la *great attraction* del invierno, con gran provecho suyo y del Barnum que lo hubiera sacado á las tablas; mientras que aquí...

Aquí no se le ocurre nada á nadie, y según las trazas, será preciso modificar muy

pronto la desdeñosa frase de Revilla, quedándonos sin pretensiones, y en tribu á secas.

Ahí tienen ustedes, reinando y gobernando en algunos de nuestros teatros varios actores, cuyos principales méritos se reducen á remedar malamente, ora el maullido del gato, ora el aullido del perro, ya el canto de la rana, ya el del grillo, todo ello al compás de una música aprendida evidentemente en el Conservatorio de Ratópolis.

Ninguno de esos artistas llega en sus respectivas imitaciones á la altura á que llega en su género "el hombre de la rata," y nadie se ha presentado jamás en escena, precedido de la popularidad con que se presentaría el falso Jack del barrio de las Injurias.

Sin embargo, esta es la hora en que aún no ha habido un empresario que haya dicho á Carmelo Rodríguez:

—Esa boca es mía.

¡Y todavía se quejan nuestros Barnum de su mala suerte!

¡Y todavía maldicen al público que no acude á sus espectáculos!

Aquí no hay quien tenga golpe de vista, ni espíritu práctico, ni iniciativa individual, ni nada.

Pase el motín callejero de anteayer; pero ¿cómo perdonar la apatía de hoy?

Ciertas barbaridades pueden tener disculpa.

Lo indisculpable, á fines del siglo XIX, es no saber sacar partido de ellas.

Noviembre de 1889.



ESQUELA ABIERTA

—
Á MARCOS ZAPATA

2 de Enero, 1890.

Esta de hoy, mi querido Marcos, debiera llevar orla deluto, porque es una esquela mortuoria.

¡Pobre Julián!

A la hora en que empiezo á escribir Gayarre está espiando, y es casi seguro que al poner punto á estas líneas,

nuestro amigo habrá dejado de existir.

¿Te acuerdas de aquella última noche que pasamos en su casa, dos ó tres días después de la representación de *Los pescadores de perlas*, en que se sintió herido de improviso y á traición por el mal que le lleva á la tumba?

De mí sé decirte que ese recuerdo permanecerá más vivo en mi espíritu que el de las grandes emociones artísticas con que nos transportaba desde las butacas del teatro Real á esferas ideales y se nos aparecía como aquel soñado

*Re d'un placido mondo,
d'una landa infinita.*

que quiere ser el doctor Faust en el epílogo de *Mefistofele*.

Y de ti sé decir que tampoco olvidarás aquella maestría y aquel sentimiento incomparable con que Gayarre nos dió á conocer y á gustar, sentado al piano, las bellezas más puras y limpias del *Orfeo* de Gluck.

Lágrimas sorprendí en tus ojos cuando suspiraba el *Che farò senza Euridice*, y lágrimas viste también en los míos; que no era posible escuchar de otra manera aquella exquisita melodía, prodigio de ternura y

pasión, dicha por un artista tan consumado.

—*¡Furie!*—cantaba luego, en la invocación con que Orfeo trata de aplacar á los espíritus infernales, al presentarse en el horrible antro.

Y tú, y Elorrio, y Carmena, y el tenor Marconi, y el comandante Sanchiz, y yo, haciéndole el coro, respondíamos:

—*¡No!*

—*¡Larve!*—volvía á decir él.

—*¡No!*—contestábamos nosotros.

¡Ay, querido Marcos! No eran tan implacables las furias y larvas á quien tuvo que amansar el tracio Orfeo cuando bajó á los lugares infernales, como estas larvas y furias que nos arrebatan el Orfeo navarro, misteriosas é indescifrables fuerzas de la Naturaleza que trituran súbitamente los organismos más robustos y sostienen años y años los más empobrecidos.

—*¡Larve!*

—*¡No!*

—*¡Furie!...*

—*¡No!*

¿Cómo olvidar, por mucho tiempo que vivamos, ese símbolo casual de la trágica suerte de Gayarre?

Desde Gluck pasamos á Rossini. Desde el *Orfeo*, al *Stabat Mater*. Desde lo pagano, á lo cristiano.

Y el artista que tan hondamente acababa de conmovernos con las frases del músico alemán, puras como los versos de Sófocles y humanas como los dolores de Esquilo, profundizó más y más en nuestra sensibilidad al ir repasando, con el corazón á *fior di labbro*, las dramáticas y nerviosas estrofas del poema rossiniano, en donde tan idealmente se juntan el amor de madre y el amor de Dios.

Aquello no era más que "leer música"; pero ¡qué lectura!

No la cambio por un regular puñado de esas romanzas italianas con que el sin igual Julián suspendía hasta la respiración de miles de personas y desataba en seguida las más estruendosas tempestades de aplausos.

¡Y pensar, querido Marcos, que muchos no han visto en Gayarre sino una especie de cantor inconsciente, algo así como una especie de ruiseñor imbécil que no sabe lo que se *ruiseñorea*!

De Gayarre puede decirse lo que dijo Sacchini del célebre Garat á María Antonieta:

—Garat, ¿es buen músico? —preguntó la reina de Francia al maestro italiano.

—Señora—respondió éste;— como músico, no es músico; pero es... la música misma.

El crítico Scudo aplicó esa feliz defini-

ción al gran Rubini, y si hubiera conocido á nuestro Gayarre, la habría aplicado igualmente á esta poderosa y perfecta organización musical.

Cuando se inauguró la actual temporada en el teatro de la Opera, Julián no quiso empezar sino con *Lohengrin*.

—¡Que oigan—dijo—que oigan música de esa que no pueden profanar los organillos!

Gayarre hizo maravillas, y no es posible ir más allá en punto á estilo y expresión; pero la mágica leyenda de Wagner, cuya sola audición eleva el espíritu más que una docena de tratados de moral y dos docenas de sermones ascéticos, no es para todos, y si suena bajo el pintarrajeado techo del teatro Real, suena al modo que ya dijo Baudelaire de esta clase de música... Como el fulgurante estampido del trueno *dans un mauvais lieu*; y lo dejo en francés para mayor claridad.

¿Te acuerdas (y va de recuerdos) cómo juzgamos tú y yo la actitud de la mayoría del público, cuando nos encontramos aquella noche á la salida del teatro?

Me parece que hablamos de ciertos madrileños... muy en aragonés.

Ello es que Wagner quedó derrotado ante el vulgo de frac y corbata blanca, por Bizet y Arrigo Boito... Agradezcan éstos

la victoria al sin par Julián, que en la romanza de *Los pescadores de perlas* y en el epílogo de *Mefistofele* ha hecho cosas que probablemente no volveremos á oír de humanos labios.

—Llegará día—dijo Teófilo Gautier, á propósito del tenor Mario, presintiendo el fonógrafo, como adivinó Lope de Vega el telégrafo—llegará día en que estas maravillas se fijen, graben y conserven en un cuadro.

No sé si habrá habido algún alma previosora que haya recogido en una placa fonográfica el inolvidable

*Voglio che questo sogno
sia la santa poesia
e l'ultimo bisogno
dell'esistenza mia;*

pero si existiera esa placa, su puesto estaría en un Museo, entre una tabla de Rafael y un mármol de Canova.

Los predilectos de los dioses mueren pronto, según Menandro. Convengamos en que los dioses son muy egoístas.

—¡Larve!...

—¡No!

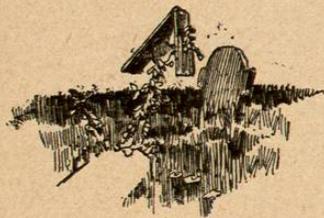
—¡Furie!...

—¡No!

Los espíritus no se aplacan, y Orfeo sucumbe.

¡Pobre Julián!

¡Y pobres de nosotros, que en la brutal y estúpida lucha de la vida no hemos de encontrar, victoriosos ó derrotados, al fin de la jornada, más cruz de San Fernando que la del cementerio!



MUÉRETE Y VERÁS



La empresa del teatro de la Comedia anunció que iba á representar, como honenaje á la memoria de Julián Gayarre y á beneficio de los pobres, la famosa comedia *¡Muérete, y verás!* de Bretón de los Herreros.

Ya no hace gran falta que la representen en aquel teatro; porque se han anticipado, y la están poniendo en escena, maravillosamente interpretada (aunque con muy poco aparato), los antiguos amadeístas, hoy alfonsinos y republicanos, ó, mejor dicho, republicanos y alfonsinos.

Y digo que está mejor nombrar á éstos después de aquéllos, porque al menos, al-

gunos de los que ahora son republicanos, habiendo sido monárquicos desde 1870 hasta 1873, han tenido el buen gusto de enviar tarjetas á la legación de Italia, mientras los otros, los que mostraron ante el hijo de Víctor Manuel la misma flexibilidad de espinazo que ante el hijo y el nieto de Isabel II, se han ahorrado hasta ese mísero pedazo de cartulina, y obligan á preguntar al más indiferente:

—¿Qué manifestaciones de respetuoso recuerdo, ya que no de sincero dolor, se proponen hacer esos consecuentes monárquicos ante la tumba de aquel en cuyo nombre hicieron y deshicieron, gobernaron y... engordaron?

Por si el curioso lector quiere dar un repaso á los nombres de los ex ministros de D. Amadeo que todavía se disputan el honor de hacernos felices bajo los auspicios de los Borbones (paz á los Ayala, Martín de Herrera, Zavala, etc.), voy á publicar la lista íntegra de estos amables supervivientes.

Madamina, il catalogo è questo:

Sagasta, Ruiz Zorrilla, Martos, Moret, Montero Ríos, Mosquera, Beránger, Antequera, Angulo, Balaguer, Montejo, Groi-

zard, Becerra, Camacho, Echegaray, El-duayen y Romero Robledo.

Exceptuando á Ruiz Zorrilla, que mantiene viva y activa su protesta contra el actual orden de cosas, y á Echegaray, que se halla apartado por completo de la política, todos los demás ex ministros de Amadeo I están ahora dentro de "la legalidad", como el ratón de la fábula dentro del queso de Holanda.

Vamos á ver: ¿cuál de ellos toma la iniciativa para disponer en Madrid solemnes honras fúnebres por el alma de su antiguo rey?

Me parece que la mayor suma de autoridad y representación se condensaría en una comisión organizadora formada por los Sres. Elduayen, Romero Robledo y Antequera.

Nadie les regatearía carácter y títulos para tan hidalga misión, y menos que nadie, los diarios conservadores que han publicado cierta anécdota referente á don Amadeo.

Estaba un día de visita en el palacio de doña Isabel de Borbón en París, y preguntó el ex rey á la ex reina:

—¿Cómo va á vuestro hijo en España?

—Gracias á Dios, muy bien,—contestó la madre de Alfonso XII.

—Pues me extraña mucho, porque conozco bien los ministros que tiene... ¡Eran los míos!

Ignoro si cuando hizo esta visita D. Ama-



deo á doña Isabel mandaban aquí los amigos de Elduayen y Romero Robledo ó los de Angulo y Camacho... Allá ellos. Ventilen la cuestión entre sí, y "favorézcanse," mutuamente con la cáustica frase del duque de Aosta.

Los recuerdos poco gratos que, por lo visto, les debía don Amadeo de Saboya,

bastarían para obligarles á tributar ahora una especie de respetuoso y póstumo desagravio al príncipe que *desempeñó la Corona de España* (frase textual de *Las Ocurrencias*), si no obligaran con más fuerza á los antiguos amadeístas los recuerdos agradabilísimos que ellos deben al príncipe italiano.

Aquellos banquetes, aquellos conciertos, aquellos famosos "viernes de Palacio,"

bien merecen unos funerales... de digestión.

Y no se me diga que éstos se les indigestarían á las instituciones actuales; porque antes bien servirían para demostrarlas de qué suerte, mañana que ellas faltasen, guardarían piadosamente su recuerdo los que hoy sirven al trono, ó se sirven de él.

Vuélvase la oración por pasiva, y ¿qué dirá el trono de este olvido de los antiguos cortesanos?

El trono no dirá nada, porque no hablan la madera dorada y el damasco encarnado; pero no faltará quien repita la frase de Fernando VII acerca de los perros y los collares.

Tengo á la vista reseñas periodísticas de 1872, y se me ocurre pensar que si costearan unas honras fúnebres por el alma de Amadeo de Saboya los que entonces iban á Palacio á comer, á beber y á bailar, los funerales no tendrían nada de *haitianos*... La concurrencia sería tan numerosa como distinguida, según dicen los revisteros de salones, y el decano de éstos, *Asmodeo*, no dejaría de exclamar:

—*Oh, la belle chambrée!*

¿Y cómo no, si aparecerían en las listas nombres como los de Fernán Núñez, Vergara, Tetuán, la Torre, Almina, Cervera, San Rafael, Ahumada, Muros, la Ensenada,

Ulagares, Benazuza, Torre Orgaz, Paredes de Nava, Villaseñor, Sardoal, Benifayó, Albareda, Ros de Olano, Valera, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Jovellar y Lasala? Este Sr. Lasala, que iba allí con Jovellar, es el duque de Mandas, á quien hicieron ministro los conservadores.

Los muertos van de prisa, según la balada alemana; pero lo que es los vivos... ¡tampoco van despacio!

Murió Amadeo de Saboya, y véase lo que son

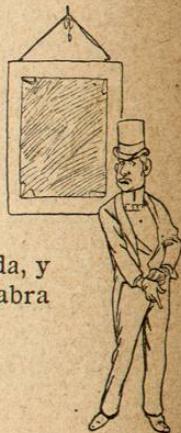
... las cosas
del mundo y sus monarquías,

que dijo Góngora. En Madrid sólo llevarán luto por él, durante diez días, los Borbones, y alguna de aquellas damas alfonsinas que hicieron en la Castellana la célebre manifestación de las mantillas contra D. Amadeo y doña María Victoria.

Concluyamos con la exclamación que pone Alfonso Daudet al final de su libro *Treinta años de París*:

—¡Qué cosa tan rara es la vida, y qué expresiva es esta linda palabra griega: EIRONEIA!

Enero de 1890.



POTE ORATORIO



Ahora resulta que *El libro de los Oradores*, considerado como perfecto, ó poco menos, en su clase, es una obra bastante incompleta, pues le falta un capítulo harto importante y sustancioso.

Sustancioso, sobre todo. ¡Como que es un capítulo de cocinal! Cormenin se olvidó de buscar la colaboración de Gouffé (no el *huissier* asesinado, sino el otro, el autor cocinero), y los tratadistas del *ars loquendi* tienen que andar ahora supliendo las omisiones y deficiencias del célebre Timón.

Una revista francesa—¡el diablo son los